

Dar que reír al demonio



—Hemos comido tan mal que no pienso mandarle ningún amigo!
—Mándeme al menos a sus enemigos.



—En esta ciudad no hay viento.
—Entonces... ¿Qué es esto?
—Viento; sí, señor. Pero viene de fuera.



—Le recomiendo no retoque mucho su retrato. No vaya a creerse uno de esos divos del cine que hacen volver la cabeza a todas las muchachas.



—¿Le molestaría prestarme su pañuelo?
—Pero, verdaderamente...
—¡Oh, está usted tranquilo, no es para sonarme la nariz! Es para quitarme el polvo de los zapatos.

Un cuento relámpago

EL MAGO

El joven se descubrió ante la señora.
—Usted se llama Herminia... ¿verdad? —Le preguntó, inespereadamente.
—¿Pero qué le ocurre a usted? Cómo se permite...
—¿Se llama Herminia, sí o no?
—Sí; me llamo Herminia, pero yo no le conozco a usted.
El joven la miró fijamente a los ojos.
—Tampoco yo la conozco. Tanto es así, que ahora la veo por primera vez. Pero, no obstante, puedo asegurarle que lo sé todo de usted. Sé que está casada, que habita en una hermosa planta baja y que dispone de un huertecito, cuya hortaliza ha quedado destruida en cuatro días... Sé que su marido se llama Ecequiel y que está muy descontenta de no tener hijos. ¿Es exacto?

La señora, ya más dócil, confirmó:
—Sí; es exacto.
—El otro día hizo usted colada y tendió a secar hasta setenta y siete piezas de ropa blanca, entre las cuales figuraban cinco camisas de su marido.
—¡Ah, ahora comprendo!... ¡Usted vive cerca de casa!...
—El joven movió la cabeza dando a entender su disconformidad al mismo tiempo que sacaba su cartera.
—Antes de ahora yo no he estado jamás en esta ciudad. Esta mañana he llegado del extranjero. He aquí mi pasaporte con el visto bueno de la autoridad fronteriza. Y este es mi billete. Hace cuatro horas, me hallaba aún en el extranjero. ¿La basta?

—¡Hum!
—Sé todavía más... continuó el joven con calma. Su marido es empleado del Estado y percibe dos mil liras al mes. En su oficina, trabaja un señor que se llama Castellucci. Este señor Castellucci está casado con una rubia, que hace poco tiempo se ha comprado un sombrero nuevo que le sienta pésimamente. Por otra parte, esa señora se hace modernizar un vestido que llevaba el verano pasado.
—¿Es qué conoce usted a la señora Castellucci?
—¡No la he visto nunca! Pero volvamos a usted, Herminia... Usted está casada desde hace ocho años. Sigamos adelante; su madre que vive en Novara, dentro de ocho días vendrá a reunirse con ustedes para una temporada de dos semanas. Por este motivo usted ha discutido con su marido. Herminia, sintió un estremecimiento de estupor.

—¡Cada cosa que usted dice, es exacta! ¡Esto bordea la magia!
—Sí. Y de mi mágico poder, usted puede sacar gran provecho. Herminia. Por sólo cincuenta liras puedo enseñarle a usted el modo de conocer los secretos más íntimos de muchas personas.
—¿Por cincuenta liras?
—Una modesta compensación... ¿verdad?
Herminia buscó en el bolso y extrajo un billete de cincuenta liras.

—Tome el dinero... Ahora, dígame usted cómo debo hacer para conocer los secretos de los demás.
El joven rehusó gentilmente la mano que le tendía el dinero sonrió satisfecho, calló un instante, y después dijo:
—Como he hecho yo; viajar en el tranvía. He viajado a su lado, en el tranvía, durante sólo diez minutos, ¡y he oído estupendamente todo lo que le estaba diciendo a su amiga!

(Trad. P. M. T.)



—Es preciso tener un poco de paciencia; su juego preferido es el ajedrez.



—Dispénsame, señor jefe, ¿podría decirme donde ha comprado esta cartera?



—El Ayuntamiento le ruega que adelgace, maestro: a su muerte quiere erigirle un monumento, pero teme que cueste demasiado...



CORTESIA

—Perdóname; antes del encuentro no he tenido tiempo de afeitarme.



—Señora Clotilde, le devuelvo el huevo.
—Pero si yo le presté dos.
—¡Oh, perdóname! Seguramente me he equivocado al contarlos.



—Vea; este cuadro no está concluido.
—¿Y por qué?
—Porque el autor se ha comido de los modelos antes de terminarlo.

N.º 20

Honda

Suplemento dominical de Baleares

Diálogo entre mi sombra y yo

—Desengáñate, Menda: yo soy una mala sombra. Me alargo, me encojo, salto, trepo, voy y vengo, sin pizca de gracia. Alábase de cuanto quieras menos de que yo, tu sombra, sea buena.
—No tengo buena sombra. ¡Paciencia!
—¿Por qué, pues, me has sacado a pasear contigo esta noche? ¿No te han encargado un tema de risa? ¿Entonces!
—Bueno. Pero vamos a ver, sombra mía. ¿Es que tú eres tan mala como para no poder hacer reír a nadie en este mundo?
—A nadie.
—Exageras. Será que habrás tropezado siempre con gente muy seria, o muy desgraciada o que sufría un dolor. Será que no habrás probado...
—Sí que he probado.
—¿Con quién?
—Con todos.
—¿Es extraño!
—¿Por qué ha de ser extraño que yo no haya hecho reír a nadie?

—No sé por qué.
—¿Ves? Ya no te acuerdas. Como aquel día que íbamos contando el chiste del loro y se te olvidó el final. Nadie se rió naturalmente. Como que la memoria es una cosa indispensable para ser gracioso.
—Puede que sí.
—Seguro. Por eso los que no la tienen se confeccionan un fichero.
—¿Un fichero de chascarrillos?
—Natural. ¿No has oído alabarse a los graciosos de que se saben tantos chistes de suegras, cuantos de maridos consentidos, menos de loros y de bicicletas, aparte los mexicanos y los de Otto y Fritz?
—Eso no tiene nada que ver con la gracia del chiste.
—¿Y tanto que tiene que ver! Recuerda, mi positivo, lo que nos ocurrió en aquel viaje en tren, de Madrid a El Escorial.
—No caigo.
—¡Bais los tres hombres sentados, las tres sombras tiradas. Se habló de guerra, de política, de fútbol. ¿Lo recuerdas? De repente, uno de aquellos hombres le pidió a su buena sombra que le sacara del fichero el mejor chiste. Le contó. Lo mismo hizo el otro con su sombra y su chiste mejor. Nos reímos todos. Te tocó el turno a ti. Todavía recuerdo, con vergüenza, lo que se te ocurrió decir. Contaste, que una vez, en una familia, un niño se tragó un ratón y... ¡pero para que repetirlo! Yo no he escuchado en mi vida nada más desgraciado. Luego me explicaste que mientras los otros contaban su chiste, tú buscabas y rebusabas en el montón de tu memoria y siempre te saltaba a las mientes aquel primer chascarrillo que te contó tu año.

—¿Es verdad, toda la verdad!
—Aquellos compañeros de viaje estuvieron a punto de matarnos. El catalán nos dijo una cosa muy fea.
—Pues no creas que el chiste suyo...
—¡Ah! ¿te acuerdas? Es que le contó muy mal. Debía ponerle acento argentino y se lo puso gallego. ¡El don de imitación, amigo, que también nos falla para ser graciosos!
—Pues yo creo que el andaluz lo «jamo» bastante bien.
—Tú que vas a «jamar» ni que... ¡María Santísima! A ti te parece que lo hablas bien porque te comes la mitad de las palabras. Y lo que haces es hablar trabado. Ni menos ni más. ¡Tú, andaluz! ¡Josú!
—Bueno. Paso por lo de mi

falta de gracia del Guadalquivir. Pero no me negarás que los chascarrillos de tartamudos los cuento bien. Y sin embargo...
—Ninguno que te he oído me ha hecho gracia.
—Es que también tú... Pues cuando conté el de aquel señor que leía el periódico, junto al tardado tú diez minutos en contármelo? La risa, como el mejor Jefe de Negociado que tenemos, pide «sed breves». Además...
—¿Además, qué?
—Te faltan maneras, poner la gracia como las banderillas, levantando bien los brazos y clavándola en el sitio de las cosquillas. A veces basta nada para hacer reír. Pero tú tienes menos que nada.
—Así, pues, en conclusión, tu opina que sin memoria, acento y maneras, la gracia no existe.
—No la tenemos.
—Pero sin embargo, en alguna ocasión, que ahora yo no recuerdo en alguna situación de mi vida, habré provocado en alguien la risa.
—¿Quieres decir si has creado una situación cómica?
—Eso quisiera decir.
—Jamás. Eres un desgraciado para lo cómico. Convéncete. Hay quien al tropezarse con una porquería en la calle y dar un traspies ha hecho que los demás se riesen.
—Sin embargo, recuerdo...
—La única vez que te has tropezado yo también. Caí delante. Pero nadie se rió, porque fué una desgracia. Fué cuando a ti—yo ya había logrado pasar—te atropelló aquel autobús.
—Entonces lo nuestro no tiene remedio.
—Me temo que no.
—Vámonos, pues.
—¿A dónde?
—A declinar el encargo que me ha hecho ese Director de periódico.
—¿Y es?
—Que le llenara la portada de



Lírico, esperando el tranvía... casi se rieron.
—No lo conozco. Lo contarías en ocasión en que no me proyectabas.
—Pues verás.
—¿Me lo vas a contar? ¡Vaya por Dios!
—Es muy corto. Junto al teatro Lírico, esperando el tranvía, leyendo un periódico, está un hombre menudito. Va y se le acerca un señor alto, gordo fornido; un verdadero Hércules. Y le pregunta tartarajo: ¿me hace usted el favor de indicarme a qué hora pasa el tranvía de C'ás Catalá?
—Tarda cinco minutos, en decir esto—

El hombrecito levanta la vista del periódico, la resbala en su interlocutor y se mantiene callado. El Hércules insiste. Nuevo silencio por parte del hombrecito. Entretanto, ha llegado el tranvía y ha marchado el hombre gordo. Entonces, intrigado se acerca al primero otro personaje, que ha presenciado la escena y le recrimina su falta de urbanidad: ¿Por qué no ha informado usted a aquel señor acerca de lo que le preguntaba?
—Por... por... porque yo también soy tartarajo... tartamudo—dice atropelladamente— y si le contesto, seguramente se hubiera creído que me burbu... que me burlaba de él. ¿Es que no ha notado usted lo barba... la bárbaro que parecía?
—Tardó también cinco minutos en decir esto—
... ..
Ya veo que no te ríes.
—¿Qué me voy a reír, alma de cántaro, si reloj en mano has



su hoja festiva, para hacer reír a la gente.
—Me parece acertada tu decisión.
—«Quod natura non dat, salmántica non proestab».
—¡Hasta en las citas eres un ciprés!
JORGE ANDREU ALCOVER



cia ¡me parece a mí! Pero se lo contaste a judíos y no se rieron.
—Ahora me acuerdo. Fué una mala pata.
—La mala fui yo. Y la ocasión.
—Ya.
—Después, la falta de memoria que tú tienes influye.
—¿Cómo es eso?
—Eso es que la buena sombra suele corresponder a hombres de feliz memoria.
—Bueno. Paso por lo de mi

Paleta y Pentagrama

Galería de auto-retratos

Pedro Quetglas Ferrer

El excelente dibujante y sutil observador, Pedro Quetglas, que firma sus trabajos con el pseudónimo de «Xam», ocupa entre los jóvenes que en Mallorca dedican su actividad al arte decorativo y al humorístico, destacado papel.

La trayectoria espiritual de «Xam» señala una comunicación constante con el público, expresada por sus Carteles de una gracia original y un expresivo decorativismo y por sus Caricaturas que envuelven dentro de sus trazos deformadores un exacto parecido con el original.

Coincidiendo con Bruet, «Xam» acoge el concepto de que entre el llamado arte puro y el arte industrial, no existen límites de separación, puesto que el arte siempre es el arte, bien esté expresado por un retrato, un paisaje, un cartel o una caricatura.

Los Carteles de «Xam» constituyen una original manifestación dentro del arte de la propaganda turística, comercial o artística. Por ello merecieron ser premiados en cuantos Concursos fueron presentados.

Este artista presta poca atención a la sátira social. El género de caricatura a que dedica su aguda penetración es el de la caricatura personal, pues contadas son las personalidades que han desfilado por Mallorca, aparte las indígenas, que no hayan sido estilizadas por el lápiz de «Xam».

FERRER GIBERT



UN FELIZ ACIERTO Concierto de la Capella Clásica

La Comisión Organizadora de Festejos de la Exposición de Industrias tuvo sin duda un gran acierto al designar a la «Capella Classica» que dirige el Maestro Juan M.^a Thomas, para que diera un concierto popular en el recinto de Fiestas.

Para esta velada musical, se buscó una muestra de varios de los estilos vocales del coro, cantándose el Himno de la Hermandad de Paxton, el Cazador de Brahms, los Coros en estilo madrigalesco de Prieto, dos canciones populares A la ciutat de Napolis y El Milagro de la Virgen, de Massot, Fiesta de Sor Tomaseta.

La interpretación que el Concierto obtuvo, fué tan pulcra y tan artística que el público no cesaba de aplaudir número por número, obligando a que se repitieran El Rossinyol, de Morena, El Mosquito, de Thomas y La novia impaciente, de Gelabert.

El acierto del director de la Capella Classica aunando las copias de Sor Tomaseta con el Parado de Valldemosa en una trama de insuperable maestría fué subrayado por el auditorio en general que aplaudió entusiasmado.

Rincón del Novel

ABANDONO

Me gusta hundirme, sin ningún recelo, en el mar de brumas de mi pensamiento;

donde a veces pienso que no pienso nada o me vuelvo loco sin perder la calma.

Y de vez en cuando una luz perfila la verdad desnuda de la doble vida.

Sin saber la causa de mi sinrazón, pierdo el corazón y también el alma.

Y si Dios me basta para irme solo, para ir sin nadie hasta yo me sobro!

Javier SURIA

A RUBEN DARIO

Quando la tarde declina y las horas son silencio y el sol tras la colina va ledamente muriendo. Yo bebo en tu libro, Darío, el néctar para mi soledad tus versos sonoros dan brio a mi juventud cansada ya.

Y tus cuentos de Ensueño son para mi corazón cantos que en un sueño me dijera la ilusión. Y eres cual hado divino que me indica el camino.

JOSE DEL AMO

PARA TI

Rosa que quite aquel día del bello ramo nupcial, por mi pena y mi alegría, por mi bien y por mi mal.

Rosa que el aire cruzaste cuando yo te despedía. ¡Y, cuán hermosa te vi cuando su pecho adornaste!

Recuérdala, si aún te guarda, que «lla, Rosa, como tú dejará su juventud ya que el tiempo nunca tarda.

Y que toda la ilusión de aquellas horas divinas pasará; mas sus espinas las tendré en el corazón.

D. HEREDIA

EN EL BURGO AYER Y HOY

No te metas con veci— ni en conductas ajé—, ni con el que va y vié— ni de noche ni de di—.

Ni en chanchullos de la aldé— de vieja ma/numorá—, o soltera rezagá— que no halla quien la quité—.

No te importe si uno tié— la fachada engalá—, muchas ascuas en el fué— y mucha caza en vedá—.

Deja que diga el veci— sin nobleza en el corá—, que es un paleta del pué— que come a dos carri— tallarines con tené— y melinares con cuchá—.

«IGUAL»

PENSAMIENTOS

Delante del ancho mar tengo yo un barco velero barco que navega siempre cruzando mares siniestros.

Va en busca de lo imposible va en busca de algo nuevo quizás el fin de la tierra en lo profundo del cielo.

¡Allí voy yo porque tengo un gran barquito velero!

Francisco SERRANO

COMO TU Y YO

(A Coloma)
Ramas secas que despejan horizontes. A lo lejos, niebla densa que hace grises a los montes y los estufa en el fondo de un cielo todo gris.

El sol ausente resta sombras a las cosas, que han perdido todas ellas, en la atmósfera brumosa medio tono en su color.

Las dos franjas paralelas del sendero, allá a lo lejos, al unirse con el cielo, son solo una al parecer. La tristeza y todo el frío del paisaje están en mí.

Las dos franjas paralelas del camino que parecen que se unen a lo lejos, son así como el tuyo y mi destino, que tan solo detenidas

Jose DEL AMO

en un punto del camino, en el punto en que hoy estamos, la ilusión de que han de unirse se podría proseguir.

J. VIDAL

IDILIO

Dulces besos, irasces de amor, suspiros y versos, encendido rubor. Tiernas miradas, bellas sonrisas que Mona Lisa tal vez envidiara. Susurro apagado, palabras silentes, silencio sentido junto a la fuente.

Cupido vela, su arco de plata lanza la flecha que no mata.

Del parque la yerba pisó la pareja y el estanque se queda con las estrellas.

Jose DEL AMO

PENSAMIENTO

Si algún día te sientes venturoso, no des gran expansión a tu alegría pues no vayas a ser tan candoroso, de querer que contigo el mundo ría. Como si la amargura tu alma llena y no gozas de un corazón amigo, guarda, guarda también, tu amargura, guarda también, la pena, porque nadie ha de llorar contigo.

Carmen TRUJILLO



ADORABLE COMPAÑERA

¡Oh, la moda! BELLEZA

Tu preguntas; yo contesto

X. Y. Z. Palma.—Muy simpática su carta. Me han hecho muchísima gracia la narración de las «aventuras» y «accidentes» que han precedido a esta felicidad de ahora. Yo aconsejaría siempre este tono sano, alegre y bueno incluso ante los graves problemas que se ofrezcan. Tú, con tu juvenil historia, podrías atestiguar la bondad del sistema.

«La Ciudadela». Ciudadela.—También a ti te ha alcanzado la honda expansión del cine. No lo niegues. «Te sientes» algo protagonista de una película que juzgas inolvidable, y te ves arrastrada por la sugestión de un título que comprendistes, y por el desarrollo y el final de un asunto que no ignoras. Tu carta, más que una petición de consejo, es un desahogo, es la necesidad de contarle a alguien—sin comprometerte mucho— tus penas y tus alegrías. Yo, que agradezco tu gesto y tu confianza, vi también la película y creo recordar que termina bien. Me alegro por ti, momentáneamente, mas que por su protagonista verdadera.

«Cinco minutos». Palma.—Tengo unas tentaciones enormes de reproducir, contra la costumbre, párrafos enteros de tu carta. Por ella, sé quien eres y como eres y comprendo que él ese suba a los arboles». ¿Que te diga por lo menos cuales me parecen tus cualidades mejores tras tu autobiografía encerrada en catorce páginas de letra menuda? Es fácil, querida: sinceridad y juventud. Con la primera, nada puede fallarte; serás feliz siempre, y ante tu vida se abrirá la gratitud, la amistad y la sonrisa de las gentes. La segunda es tan evidente como la primera. Y tan magnífica. No podría ocultarla la mejor caracterización. Bajo ella—entre cremas y falsas arrugas—se advertiría siempre ese brillo en los ojos que solo se tiene a los veinte años...

«Septiembre». Palma.—Lo siento pero no puedo complacerla. En otras ocasiones he tenido aquí que lamentar lo mismo. Todo lo que pueda parecer—y mucho más si lo es—publicidad está, reñido con la Sección.

«Perfecta casada». Palma.—Casi todos los comercios de Palma tienen establecida la venta a plazos. La admiten, por lo menos. No doy, por tanto, importancia ninguna a un asunto que te preocupa mas de la cuenta según mis cálculos.

R. I. Palma.—No creo que haya ninguna muchacha mallorquina en esas condiciones. Aquí en el periódico se sabría.

«Siempre». Campos.—Ni ni yo podemos tomar estas determinaciones. Trasladaré tu petición al Director, pero me temo que no lo conseguireis.

ELENA



Elegante conjunto de tarde. Vestido gris con bordado de terciopelo negro...

Un consejo semanal

MANOS CUIDADAS

Se pueden tener las manos finas y cuidadas aun haciendo el trabajo casero. Lo ideal es el uso de guantes de goma cuando se trata de lavar o fregar, siempre que el trabajo ha hacer exija la inmersión de las manos en aguas jabonosas o caústicas.

Pero estos guantes son caros y duran poco. Además, hay quien no puede acostumbrarse a mantenerlos mucho tiempo puestos.

Hay un remedio casi tan eficaz, y más asequible. Son los guantes de algodón. Bien engrasadas las manos con una crema nutritiva, se calzan los guantes—biancos y viejos— y con ellos puestos se puede barrer, hacer camas, quitar polvo, etc. Una hora o dos al día compensará a la piel lo que se la haya estropeado con las mojaduras.

Y al mismo tiempo que se guardan del polvo de la limpieza, que también las maltrata, se evita el tener que dormir con guantes, tan enojoso.

Mary-Lola

Para el ama de casa

Para ahuyentar a las polillas de las pieles y ropas de lana da excelente resultado colocar entre estas algunas bolsitas conteniendo clavos de olor, los cuales no son tan desagradables como la naftalina.

El formol es un desinfectante muy usual en las casas, pero conviene evitar la aspiración frecuente de sus emanaciones, pues son muy irritantes para las vías respiratorias y las mucosas de los ojos y la nariz, pudiendo incluso afectar a los bronquios y pulmones.

El alquitrán de hulla, derramado al pie de las plantas, ahuyenta las avispas y otros insectos perjudiciales para la fruta.

Si se forman en el cuero cabelludo del bebé diminutas costras conviene ablandarlas con vaselina, para que cedan luego a la simple acción del lavado.



SILURTA otoñal

Un elegante adorno en batista blanca para llevar en un traje de tarde de lana oscura.



Delicioso modelo de «mañanita»

La que ofrecemos, modelo de «La Providencia», se compone de dos hojas, tal como lo presentamos en sendas fotografías; la parte de encima, de color rosa, y la de dentro, blanca. Se precisan ocho madejas, cuatro de cada color, y las agujas han de ser, para el canalé, del número 2, y para el fondo, del número 4.

Su confección es, como sigue: Espalda, 90 puntos

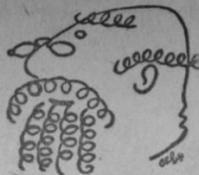
10 centímetros a punto de cordón.

3 centímetros canalé, 19 centímetros cordón y cerrar, para la sisa, 4-2-2 recto.

17 centímetros y cerrar cuatro veces, ocho en cada lado.

Delantero: 65 puntos en la sisa, cerrar del escote 10-2-2 y ya 5 centímetros de canalé.

SESUDOS VARONES



El recurso Los «chicos» de la prensa de los feos

Mujer, no acierto a imaginar que es lo que quisiera V. a cambio de un real. La constancia, decía una adolescente y decía bien, es el recurso de los feos. Si ni la constancia nos agradece ¡qué nos queda para mantenernos con alguna arrogancia frente a lectora tan encantadora como V.?

Por la parte que me toca de la reprimenda escrita con letra picuda, he de decirle que está equivocada asegurando que no tiene nada que hacer en esta parte (poesía de la literatura).

¿Es un anzuelo para obligarnos a hablar de don Gustavo Adolfo? ¡Por nuestros hijos, sus matriculas en el Instituto y sus gruesos libretos de griego!

Ni mi deseo, ni el de mis colegas, es entretener a los lectores los electores se entretienen solos, que es mucho más bonito.

Lo más bueno del caso es que yo, por lo menos, pienso seguir igual, cantando mi canción a quien conmigo va.

Otra cosa, y termino. Hace



¡Estamos hartos de frases y tópicos! ¡Guerra a las frases, amigos! ¡Guerra! Muchas veces por la calle, algún conocido salta y echando los pies por alto nos saluda diciendo: «¡Hola, chicos de la prensa!» Chicos de la prensa... ¿qué se nos quiere insinuar con eso de chicos de la prensa? ¿qué nos hemos crecido? ¿qué nos hemos quedado a media estatura, a medio hacer...? Para que de una vez y para siempre se acabe el cuento ese publicamos hoy una reciente foto de os representantes de la prensa local, de nuestros colegas, obtenida durante un partido de fútbol. A la vista de las

barbas, la respetabilidad y el aire de verídica sabiduría que envuelven a nuestros cronistas deportivos, no nos queda más que decir sino que las palabras sobran y que la palabra esta de «chicos» es un infundio y una patraña de algún desorientado.

El que está en primer término, el cronista deportivo de nuestro entrañable «Baleares», es el más joven, aunque no chico, del grupo. Así se explica el caballito de cartón que unos admiradores le habían regalado y que también aparece en la foto.

(Instantánea Ribas de Durán)

NOTICIA D LIBROS

Ledesma Miranda: «ALMUDENA O HISTORIA DE VIEJOS PERSONAJES», editorial Afrodisio Aguado.

Esta novela publicada en 1936 se reproduce corregida y aumentada. El editor reproduce los laudatorios términos en que a su aparición se expresaron las grandes firmas. Don Miguel de Unamuno decía: «Almudena es magnífica. Es la Fortunata de Galdós, pero más concentrada». «Andrenio» opinaba: «Entre los escritores de su generación es uno de los mejor dotados». Ramiro de Maestu resumía su juicio: «Escribe con más arte de novelista que los del 98». Y Azorín: «Está, a mi juicio, muy por encima de todos los escritores de su generación». Y siguen Marañón, Mourliene Michelena, Montes, corroborando.

Sería osadía el discrepar de todos estos altos precedentes. Pero cumplamos el heroico cometido del crítico: buscar manchas al sol. El atono del libro es algo retorcido, excesivamente literario, diríamos académico, casi doctoral, anejo, inactual. Recuerda a Pérez de Ayala, el primer novelista de nuestro siglo, si no fuera por esa enorme falla. Todos los personajes de Ledesma Miranda hablan igual, por boca de su autor. Sólo se salpa uno, un torerillo, en parte. Podría decirse que pertenece a esa clase de novelistas que reúnen las más excelsas cualidades, pero que carecen de una primordial: el gracejo y el arte de contar.

(«La Voz de España»).

JOSE M. BELDERRAIN

LIBRO QUE SALVA LA VIDA

Johannes Riemann, el célebre tenor, intérprete principal de la película «La canción del ruiseñor», había recibido un libro de un famoso autor amigo suyo, con una afectuosa dedicatoria.

—¿Le ha gustado mi libro? —le preguntó un día el autor al encontrárselo en la calle.

—Le estoy agradecidísimo —respondió Riemann muy emocionado—. ¡Su libro me ha salvado la vida!

Y ante el asombro del otro, explicó: —Fui el otro día de caza con un amigo y llevaba su novela en el bolsillo. Mi amigo tropezó disparándose entonces el fusil y alomzando el disparo no a mí, sino a su libro. Afortunadamente a la bala le pasó lo que a mí: que no pudo pasar de la página treinta.

Lo que dicen los papeles

LA ÚLTIMA HORA

Presentando una nueva película decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«... por el prestigio de los grandes intérpretes Basil Rathbone y Boris Karloff, que ninguno como ellos podían evocar dramática narración y, final las siniestras figuras de esta mente, la magnificencia de los enormes escenarios, que reflejan con depurada autenticidad el periodo en que se desarrolla la acción...»

Hay un hermoso premio para quien nos aclare ese barullo en donde se desarrolla la acción.

La Almudaina

Comentando la actualidad y bajo el título de Industrias insalubres, aboga para el desplazamiento de una fábrica de abonos a otros lugares que no sean los del camino de C'an Pastilla, y dice:

... sin ánimo ni deseos de molestar al industrial que monta la nueva industria ni zaherir sus intereses y para evitar su vecindad maloliente y antihigiénica, ahora que no se han hecho dispensios convendría desplazarla a Levante, donde no pudiera molestar ni perjudicar la salud de nadie...»

En efecto, no hay derecho. C'an Pastilla es un excelente lugar de veraneo...

CORREO DE MALLORCA

En una crítica cinematográfica señalaba que:

«... el incendio de la gran selva provocado por el único superviviente de los tres cómicos de zarzuela barata que como polizones se han infiltrado con caracteres de personajes en la nueva cinta.»

«Zarzuela barata» nos parece una redundancia. Especialmente después de que «BALEARES», por la mañana, llamara, ya zarzueleros, a esos tres tipos del «film».

Baleares

Y a través de su colaborador Enebe aseguraba acerca de un partido de baloncesto:

«Los equipos pusieron grandes deseos de lograr la victoria, lográndolo el Hispania...»

Lo extraño hubiera sido que, a la victoria, no la lograra nadie después de tanto como deseaban lograrla los equipos.

En la Sección de «NOTICIA DE LIBROS» daremos reseña crítica de los ejemplares que nos sean enviados por duplicado.

Suerte, vista y al toro

Escuela taurina «Chicuelo»

«Chicuelo» dió un sello personal a la varra, eso que se llama «chicuelinas». GREGORIO CORROCHANO



La semana pasada hablamos del lance titulado chicuelina, y por falta de espacio apenas nos referimos a su creador Manuel Jiménez «Chicuelo». Tratándose de tal señor, consideraría una falta grave no dedicarle este ensayo.

Harto sabido es lo que ha sido Chicuelo, más como estos modestos escritos no se hacen para las minorías de aficionados entendidos, sino más bien para aquellos profanos que sienten curiosidad momentánea por la Fiesta Nacional, con el único objeto de encauzarles hacia el mismo interés que nos mueve a todos los que sentimos la fiesta, y así, en vez de crear nuevos adictos, considero de interés, hacer un bosquejo biográfico del torero cuya personalidad taurina se considera la más acusada.

Manuel Jiménez «Chicuelo», que en la actualidad cuenta cuarenta y dos años de edad, nació en Triana, el famoso barrio sevillano. Hijo de un notable matador de toros, quedó huérfano muy joven quedando entonces bajo la tutela de su tío «Zocato», miembro de la cuadrilla de su padre.

Chicuelo, que había nacido torero, siendo apenas un niño, empezó a torear en tentaderos, encerrones y escuelas taurinas sevillanas. Coetáneo de Juan Luis de la Rosa, Manuel Granero y Eladio Amorós, continuó junto con estos su aprendizaje en ganaderías salmantinas, empezando muy pronto a actuar en plazas de toros como becerrista.

Paulatinamente, y muy cuidado por su asesor, fué pasando del añojo, al eral y de éste al utrero, sin que, debido a tal procedimiento, pudiera extrañar la diferencia de peso y edad de los toros.

En 1918, en la plaza de toros de Zaragoza, toreó su primera novillada formal actuando en tal corrida mano a mano con el que después también fué gran torero Antonio Márquez.

Los éxitos de Chicuelo como novillero fueron ininterrumpidos; en Barcelona, desde su primera actuación quedó consagrado como idolo de los aficionados catalanes, llegando a sumar en una sola temporada más de quince novilladas, solamente en los ruedos barceloneses.

Al año siguiente, en el anillo de la Real Maestranza de Sevilla, otro famoso trianero, Juan Belmonte, le concedió la alternativa. Como caso curioso, añadiremos que aquel mismo día adquirió el título de matador de toros Juan Luis de la Rosa, también precisamente en Sevilla, en las arenas de la Monumental sevillana.

En el año 1920, pocos días después de la muerte del nunca bastante llorado Joselito, confirmó su alternativa en la plaza de toros de Madrid.

Chicuelo es y ha sido, seguramente, el torero de personalidad más acusada. Todos los grandes toreros han tenido imitadores: Belmonte los tuvo por docenas, y a Manolete hoy le imitan todos, salvo algunas excepciones. Pues bien, a Chicuelo, que ha sido la esencia más cara del toro, (tópico que de repetido y acertado se hace necesario), no ha sido imitado, ni él ha imitado a nadie. Su toreo, auténticamente genuino, ha sido alegre, fino, ins-

pirado, señorial... Sus grandes faenas han formado época y siempre serán recordadas; las de Barcelona, la de Figueras, Málaga, Granada, etc... y sobre todas estas, hay una página escri-

Los trucos de los prestimanos

Manera de escamotear una señora

Colocada una silla en medio del escenario del teatro, y aislada del tablado interponiendo entre la silla y el piso un periódico, se sienta en ella una señora; y tapándola el ilusionista con un velo de seda que la contornea perfectamente, desaparece de la vista de los espectadores sorprendidos al dejar caer el prestidigitador el paño que la cubre.

Para ejecutar este maravilloso juego es necesario que el periódico que se presenta al público tenga una trampa disimulada con los caracteres de imprenta.

El escenario tiene un escotillón y, por lo tanto, han de corresponderse la trampa del periódico y el escotillón, que han de ser de idéntico tamaño.

La silla sobre la que se sienta

la señora no tiene travesaños en parte anterior, y su asiento es móvil para que la mujer pueda



pasar por entre las patas anteriores de la silla.

En la silla, y colocado en el respaldo por la parte posterior, hay

ta en la historia contemporánea del toro que es imposible se borre: la que él escribió el día 28 de mayo de 1928 en la desaparecida plaza de toros de Madrid. Para que el lector se de cuenta de lo que fué aquel faenón, bastará decir que en el historial taurino de Chicuelo abundan las tardes grises y borrascosas y que debido a una temporada de abulia, su papel se cotizaba muy bajo, y el público madrileño que tanto crédito le diera, estaba ya hartado de él, pero, ¡pásmeme el lector!, como sería de extraordinaria la faena, que le valió ponerse automáticamente a la cabeza de todos los toreros, sumando aquel año, más de ochenta corridas.

Así ha sido Chicuelo, un torero de los llamados de las dos caras, unas veces tardes de gloria, otras, muchas por desgracia, tardes de abulia, de poco interés, de salir del paso.

A Chicuelo, tenemos que considerarlo como torero-artista, y sin embargo, hay que advertir que sin ser un torero lidador, ha sido uno de los toreros que más «han visto» en el ruedo; muy inteligente, quizás demasiado inteligente. Su toreo es fácil, por cuyo motivo, sus tardes malas, nunca han llegado al mitin; no obstante, los públicos le han chillado y exigido tal vez más que a nadie por eso precisamente, por que sabían lo que él podían esperar.

Aunque actualmente torea poco, continúa en activo, pero es de suponer que previo un viaje a Méjico donde goza de gran cartel, su retirada definitiva no tardará. Que la haga cuando la considere conveniente y con todos los honores y pingües beneficios es lo que le deseamos.

(Texto y dibujo de Quinto Caldentey)

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Luis de Osuna, aristócrata joven y calavera, que reside en X. sorprende, casualmente, extraños espectadores en el interior del palacio de los Duques de Colmenar. Investiga el pasado de la casa y comprueba que en 1901 la Duquesa propietaria caso con don Felipe Cordelero y Santullano, profesor de Física, que un año más tarde tuvo el matrimonio una hija, y que la Duquesa falleció después del alumbramiento. Desde entonces, el viudo y su hija, con alguna servidumbre, viven encerrados en su palacio de X. Han transcurrido 20 años. Luis, intrigado por los misterios vistos y presentidos, soborna a un criado y penetra en el palacio, siendo testigo de una extraña representación a base de las fantasmagorías más inimaginables. Principal víctima de esta máquina fantástica resulta ser la bella hija del Duque viudo, que después de soportar una prueba espantosa, viene casualmente a entrar en la habitación que cobija a Luis. Allí es objeto, por parte de un monstruoso visitante, al parecer el ayudante del profesor, de un atentado grosero del que Luis la salva, y como la habitación está a oscuras, ella cree que su salvador es el viejo criado Antonio. Cuando se encienden las luces, la sorpresa de la joven es grande, pero agradable. Sin embargo, acostumbrada a las fantasmagorías que su padre prepara, cree hallarse ante una visión irreal y cuando comprueba que su visitante es un hombre de verdad le hace salir de la casa, temerosa de que su padre le haga objeto de sus misteriosos poderes. Luis recibe al día siguiente la visita del Administrador, a quien indignado cuenta su paso por el Palacio, haciéndole tomar precauciones, siendo la primera despedir al intendente que introdujo a Luis en la casa misteriosa. Dispuesto a todo, se informa de la posibilidad de intentar un proceso para salvar con el a la muchacha, con resultado negativo.

(Continuación)

Las tutelas quedan registradas en el libro correspondiente, y nadie puede valecer sobre la conformidad del Consejo de Familia, hasta que la joven no alcance su mayoría de edad y demande sus cuentas de tutela. Por otra parte, ningún fiscal se atrevería a tomarse con la casa por el concepto de supuestos malos tratos. Pepe Alamares concluyó su informe, con las manos bajas y el rostro desolado.

—No queda nada por hacer.

—¿Que no queda nada? Ya lo veremos. Pero la cosa no es realmente fácil. Luis retuerce su cerebro en busca de una idea. ¿Raptar a la muchacha? ¿Incendiar la casa? Algo hay que hacer, sin embargo. A las seis de la tarde, desesperado de dar vueltas por la ciudad, llega en frenete de caserón de la Plaza de San José. El día ha declinado ya, y las gárgolas de los aleros forman una negra quijada que muerde un cielo plomizo. La casa es maciza, cerrada por delante con una verja y una poterna de hierros comidos de orin. Por las calles de Horcadas y Macías Broca, las ventanas bajas están protegidas por fuertes rejas, y todas cerradas herméticamente con contraventanas. La puertecilla de escape en la segunda calle es de gruesos tablonces de roble claveteados. Por detrás, la finca colinda con las sucesivas edificaciones de la calle, pero es muchísimo más alta, y no es posible comunicar por los tejados, a menos de disponer de una escala. Luis giraba de una a otra parte como un perro en torno a su presa. Hasta convencerse de que la casa no presentaba flanco alguno practicable. La noche se adelantaba rápidamente. Ninguna ventana del palacio traslucía. La enorme construcción parecía muerta, como un templo prehistórico en mitad de una selva. El frío ambiente hacía pasar, sin detenerse



a los transeuntes. Algunos simones se arrastraban sobre los adoquines, con sus cocheros envueltos en mantas. Luis esperó un momento de tranquilidad, apostado en la acera fronteriza a la puerta de escape del Palacio. Cuando la calle apareció desierta, la cruzó y arremetió con furia al llamador. Los golpes resonaron en la estrecha calle e hicieron estremecer a Luis. Esperó unos segundos y nadie respondió a su llamada. Al ir a llamar de nuevo, oyó un rumor de voces a sus espaldas y se detuvo. Era una pareja que cruzó a su lado conversando. Cuando desaparecieron volvió a llamar. Tampoco le atendió nadie. Llamó todavía por vez tercera con igual resultado. Regresó a su casa desalentado, pero fu-

—Salió esta mañana para cumplir órdenes del señor.

—¿Órdenes mías? ¿Qué órdenes he dado yo? Se restregaba la cabeza dolorida. Pidió que le pusiera una bolsa de agua fresca y que le sirviera un limón. Tardó bastante en averiguar qué demonios había mandado hacer a su criado. Casi tanto como lo que tardó éste en regresar de su indagatoria.

—Como el señor me mandó, he estado hasta ahora en la Plaza de San José. Hace quince minutos ha llegado una mujer, se ha metido por la calle Macías, ha llamado en la puertecita que usted sabe y se ha metido dentro. Yo he venido en seguida para comunicárselo.

—¡Pronto, pronto! Traeme ropa.

maldijo a la poca previsión de su criado que no la esperó para llevársela agarrada por el cuello. Todavía merodeó por la vecindad durante una hora larga. Al fin se marchó aburrido a su casa. Le dolía la cabeza, trastornada por la noche precedente. Se tumbó en un diván y fumó cigarrillo tras cigarrillo hasta que Pedro le anunció la cena. No tenía apetito. Durante la cena recordó la carta de su prima y puso al corriente a Pedro de su llegada.

—Pasado mañana llegan tío Andrés y la señorita. Avisa a Damiana. Estarán aquí para comer.

—¿Duermen aquí o regresan por la tarde?

—Se irán, me lo supongo. De todas formas prepara habitaciones por si se quedan.

Pedro inclinó la cabeza. Terminada la refección, Luis se metió en la biblioteca. Dormía allí beatíficamente, cuando Pedro le llamó al orden y mal de su grado tuvo que meterse en la cama. Antes de hacerlo, le repitió el orden del día anterior. Pedro opuso la necesidad de preparar el recibimiento de sus parientes.

—Está bien. Iré yo mismo.

Y a las diez de la mañana tenemos a Luis sentado en el ventanal del «Café del Campo», un tabernucho pintado de azulete donde se le sirvió un café apesadando a achicoria. Estaba en frente de la calle de Macías Broca y veía perfectamente su entrada, aunque no el interior por ser la calle curva. Durante toda la mañana no vio a nadie que se acercara al Palacio. Tuvo la suerte de padecer escasas confusiones, porque también fueron muy pocos los viandantes que caminaron por la acera derecha de la calle. Regresó aburrido a la hora en que el café se llenó de gentes bulliciosas que ya habían comido. Por la tarde no tenía ni pizca de gana de volver al observatorio, pero recordó que Pedro había visto a la nueva intendente a esas horas y decidió reanudar la pesquisa. Tuvo suerte. A eso de las cinco, una mujer bien trajada y de seguro andar cruzó la calle. La miró primero curioso, porque estaba bonita con el sombrero negro encasquetado hasta las orejas. Llevaba un abrigo de astrakan bombado hacia la cintura, y muy corto, según la moda. Estaba contemplándola detenidamente, por no tener cosa mejor que hacer. Y sólo cuando penetrando en la calle de Macías se detuvo ante la puerta misteriosa que bien conocía, volvió al motivo que le había traído allí y del que por unos momentos se había ausentado. ¿De modo que era aquella? Pues no tenía apariencia de menestrala. A los quince minutos escasos de paciencia, la mujer volvió a aparecer en el portal. Luis pagó precipitadamente su cuenta y salió a la plaza, la cruzó y esperó la llegada de la mujer en la bocacalle. Al pasar la muchacha que era muy joven, le dirigió una mirada profunda, pero rápida. Tenía unos ojos negriscos, y del casquete de plumas colgaban en bucles caballos de ébano. Luis se repuso del primer desconcierto y siguió de cerca a la extraña mujer. Ella no aceleró el paso, sino que por lo contrario, casi pareció esperarle cuando penetró en la calle de los Remedios. Es esta calle empinada y estrecha, y comunica con la Avenida de Peñalber. Si fué intencionado o casual el accidente, nadie lo puede decir. El piso estaba helado, y los zapatitos de la joven resbalaron. Hubiera caído, sin duda, de no tomarla Luis de un brazo.

—Muchas gracias, caballero.

—De nada, señorita.

—He tenido suerte; si su auxilio no llega tan pronto...

—La suerte ha sido la mía. —Luis se-



rioso. Ordenó a Pedro que averiguara quien era el nuevo intendente de la casa.

—Si es preciso te pasas todo el día frente al palacio, sin moverte. No importa mi servicio, porque comeré fuera. Si tienes alguna noticia me buscas. Estaré en el Casino, o bien en el Restaurante Diego, o bien... en cualquier parte. Me buscas y me lo dices. Y como después de esto se disponía a salir, replicó a la muda interrogante de Pedro: —No, no voy a cenar. Tampoco volveré esta noche.

Volvió, sin embargo, pasadas las cuatro de la madrugada. Venía borracho y Pedro tuvo que acostarlo. A media tarde, la cocinera acudió a sus voces:

—¿Dónde está Pedro, Damiana? La mujer le miró perpleja:

Se vistió precipitadamente y salió corriendo hasta desembocar en la plaza. Sin ningún disimulo examinó la calleja de Macías Broca. La recorrían entonces escasos transeuntes, entre ellos alguna mujer. Corrió de una a otra para verles la cara. Una se le acercó con la mano tendida. Otras dos iban emparejadas, con andar pizpireto. Una cuarta llevaba un cesto, del que asomaban verduras. La mujer se sobresaltó cuando Luis le preguntó de dónde venía. Entre hipos aseguró que regresaba del mercado y que no había hecho nada malo. Luis la dejó marchar y se volvió hacia la puerta de marras. Esperó un buen rato, sin que nadie saliera por ella. Recapitó que la mujer debía haber salido, puesto que hacía más de media hora que entró, y

guía oprimiendo el brazo de la joven y ella pretendió retirarlo delicadamente, mientras le regalaba una sonrisa. —No es frecuente tener encuentros tan agradables. Y como pugnaba por desasirse, agregó: —No, señorita, a Vd. le hace falta mi brazo tanto como a mi su compañía. Si no le molesta, me haría feliz esa reciprocidad.

—No me molesta, al contrario. Pero no es necesario que me dé el brazo. Tendré más cuidado en lo sucesivo. Además, si me acompaña evitará cualquier suceso accidentado.

—Vale más prevenir que curar, pero si usted lo desea...

Iniciaron juntos la subida. Ella dijo bruscamente:

—¿Es usted D. Luis de Osuna, no? Luis se quedó estupefacto.

—Sí, señorita. ¿Me conocía usted?

—He oído hablar a mis amigas de usted. ¿No se aburre en una ciudad tan chica?

—Hasta este momento me he aburrido muchísimo.

—No sea usted galante tan pronto. Lo decía porque como usted ha viajado tanto, encerrarse aquí le tiene que parecer vivir en la cárcel.

—No lo crea usted. Para descansar no hay como una ciudad pequeña, con escaso movimiento. Estoy haciendo una maravillosa cura de nervios.

—Pero a mi me parece difícil sujetarse. Aquí no encontrará usted atractivos...



—Eh! ¿Quién va? Luis agarró a Pedro que se volvía para echar a correr.

—¡Quieto! ¡Hazte el borracho!, le susurró al oído.

La simulación no podía venirle más pintiparada al pobre Pedro, que no podía tenerse derecho. El autor de la sorpresa era el vigilante nocturno, apostado frente a la puertecilla escusada del palacio. Los dos beodos llegaron dando traspases a sus dominios. Luis canturreaba. El sereno alzó su farol y los examinó. Luis se acercó y alargando los labios demandó con voz ronca fuego para la cola de un puro que se había apagado y que le colgaba de la boca. El sereno, entre agitar de llaves, buscó las cerillas y encendió una

—Son tonterías, créame. No hay en el

Novela por D. Medrano Balda

Se paró Luis en medio de la calle y la contempló detenidamente. Ella sonrió complacida, después del examen, y reanudó la conversación:

—Entre mis amigas tiene usted una irresistible tradición galante.

—¿Tiene alguna importancia para usted esa leyenda?

—Naturalmente. No sería mujer si no.

—Pues no haga usted ningún caso. Mi vida es diáfana, como el cristal. A mi me han engañado casi tantas mujeres como las que he conocido, y si me envanezco de haber conocido a muchas tengo que entristecerme por haber sido burlado otras tantas veces. Pero, ya que parece conocerme usted tan bien, ¿no cree que sería oportuno hablar un poco de usted?

—¿Qué quiere usted saber de mí?

—Quien es usted, cual es su vida...

—Eso sería muy largo de contar.

—Perfectamente. Será para mí la más interesante conversación.

El cielo amenazaba un shirimiri, y Luis miró a todos lados buscando un carruaje. Cuando llegaron al cruce de Peñalber, divisaron un simón vacío. Luis la hizo subir, y acomodados dentro la in-

mundo personas tan amables como el duque y su hija. —Hablaba con cierto retintín que empezó a molestar a Luis. Siguió: Yo vivo en esta misma calle y dentro de poco estaremos frente a mi casa. Permítame que antes de despedirnos le agradezca su amabilidad de esta tarde.

—Al contrario. Soy yo el que se considera obligado y el que espera obligarse más aun con nuevas deferencias por su parte. ¿Cuándo la verá de nuevo?

Ella golpeó el cristal señalando al cochero la llegada. Luis trató de retenerla:

—Espere, señorita. Todavía he de pedirle un favor:

—Vd. dirá.

—¿No podría usted darme algunos detalles de esa familia sobre la que corre tantos bulos? La mayor parte de la ciudad habla por conocer algún detalle de lo que dentro del palacio ocurre. Discúpmeme si me incluyo en esa general curiosidad.

La joven abrió la portezuela sin decir palabra. Luis salió por el otro lado y corrió para ayudarla a descender. Ella iridicó:

—Vivo aquí.

Luis examinó la casa y se quedó pensativo: (¿Caramba, yo he estado otra vez aquí!).

—Hablares en otra ocasión. Le tendió la mano y prosiguió: Esta es mi casa que le ofrezco, contando con la aquiescencia de mi padre, a quien usted ya conoce.

—¿Le conozco? Dígame...

Y concluyó ella con una alegre carcajada:

—Mi padre es el Administrador de los Señores Duques de Colmenar. Buenas tardes.

—Au revoir, contestó Luis.

IX
EL ASALTO

La nueva orla del Administrador, transmitida por conducto de su hija, advirtió a Luis de las dificultades de la empresa. Pero espoleó su ánimo, y de regreso a su domicilio estaba decidido a todo para sacar de la trampa a aquella chica que empezó a interesarle por el misterio que la envolvía y que ahora iba atrayéndole más por muy diversas razones que él no había puesto en claro, pero que arraigaban en el subconsciente. Largo rato meditó el procedimiento, sin que advirtiera ninguno cuerdo. Era necesario obrar, y obrar con rapidez. Pero, por de pronto, sólo contaba con la ayuda de Pedro. Recabar apoyos oficiales era imposible. Promover un alboroto que justificara el asalto, impropio. Franquear la casa por algún resquicio, al parecer intento absurdo. Estuvo dándole vueltas a estos proyectos, sin resolverse. Y sin resolverse salió después de cenar, seguido de Pedro que no tenía idea de adónde iría a parar tan desusado paseo.

Cuando estuvieron de frente al caserón, a Pedro le temblaron las piernas. Erán cerca de las once y no había un alma en todo lo que alcanzaba la vista. Luis se adentró resuelto por la calle de Macías Broca. Pedro le siguió más muerto que vivo. A unos veinte pasos se encendió una linterna que les dió en el rostro.

—Eh! ¿Quién va? Luis agarró a Pedro que se volvía para echar a correr.

—¡Quieto! ¡Hazte el borracho!, le susurró al oído.

La simulación no podía venirle más pintiparada al pobre Pedro, que no podía tenerse derecho. El autor de la sorpresa era el vigilante nocturno, apostado frente a la puertecilla escusada del palacio. Los dos beodos llegaron dando traspases a sus dominios. Luis canturreaba. El sereno alzó su farol y los examinó. Luis se acercó y alargando los labios demandó con voz ronca fuego para la cola de un puro que se había apagado y que le colgaba de la boca. El sereno, entre agitar de llaves, buscó las cerillas y encendió una

—Son tonterías, créame. No hay en el

(Continuará)